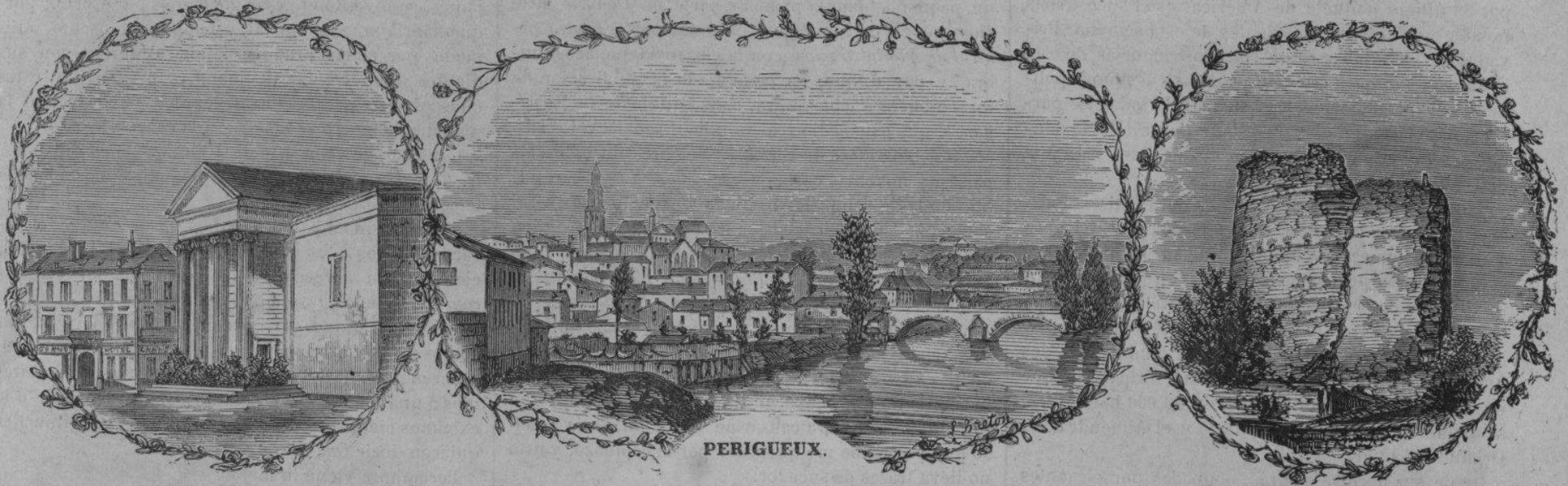


# El Periódico ilustrado.



PERIGUEUX.

Año II.—Número 57.  
DEL 20 AL 27 DE MAYO DE 1866.

**SUMARIO.**—Benita Anguinet.—Perigueux.—Revista de la semana, por Palacio.—Política, por V. G. y Guimbao.—Escenas de la vida militar en Méjico, por Belza.—Dos genios, por J. T. y Benedicto. Los claveles rojos, por Ladevose.—La ley del embudo, por M. O. y Bernard.—Longchamps.—Cantares, por J. M. Vallejo.—Luz y sombra, por P. F. y Ulloa.—Los Highlanders.  
**LÁMINAS:** Perigueux.—Benita Anguinet.—Una carrera de caballos en Longenamps.—Paseo de Longchamps en 1758.—Los sargentos de highlanders.



**CALENDARIO DE LA SEMANA.**

D. 20 Pascua. S. Bernardino  
l 21 Sta. Maria de Socors.  
m 22 Sta. Rita de Casia.  
m 23 A. de Santiago Apostol  
j 24 S. Robustiano.  
v 25 S. Gregorio VII.  
s 26 S. Felipe Neri.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIÓDICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses. UN NÚMERO  
Madrid. . . . 24 rs. 12 rs. MADRID..... 4 cs.  
Provincias. . 28 » 14 » PROVINCIAS. 5 id.  
Ultramar. . . 80 » 50 »

**BENITA ANGUINET.**

Creemos que nuestros lectores verán con gusto el retrato que les ofrecemos de esta hábil prestidigitadora, que durante muchas noches ha cautivado la atención del público en el pequeño coliseo de Variedades.

Madlle. Benita Anguinet nació en Burdeos, habiéndola tenido en la pila bautismal una bella señora aragonesa, que le dió su nombre de Benita. Su padre, prestidigitador distinguido, fué su primer profesor, educándola en esa gran escuela moderna, á cuya cabeza figura Robert Houdin.

Dotada de felices disposiciones para su arte, no tardó en aparecer delante del público, haciéndose notar por la brillantez y limpieza de sus juegos, al mismo tiempo que por lo vivo y pintoresco de su lenguaje.

Su primer debut se verificó en Marsella, recorriendo despues gran parte de la Francia, y pasando á Bélgica, Holanda y Alemania, donde alcanzó las más entusiastas ovaciones. De allí partió para Weymar; el célebre pianista Lizt la presentó á la corte, donde fué recibida de la manera más lisonjera, siendo introducida por el gran duque cerca de la duquesa de Orleans, en Eisenach. En presencia de esta ilustre señora, del conde de París, del duque de Chartres y de una multitud de personajes distinguidos, dió pruebas de su talento y habilidad, siendo acogida con el mayor interés y benevolencia.

Precedida por la fama de tan señalados triunfos volvió á París, continuando sus representaciones en el Pré Catalan, donde hizo construir un teatro para sus ejercicios. En este precioso jardín, centro perpétuo de la buena sociedad parisiense y los extranjeros más notables, Madlle. Benita supo cautivar diariamente la atención de los espectadores, poniendo el sello á su reputación.

El público de Madrid la ha visto últimamente en sus amenas soirees de Variedades, y ha confirmado con sus aplausos el juicio general, admirando en ella, al mismo tiempo que lo variado y entretenido de las suertes, lo arrogante y hermoso de su figura, y su vivacidad de imaginación, revelada por los mil atractivos de su lenguaje. Tal

es Benita Anguinet, que hoy se dispone á una peregrinacion por varias provincias de España, en la cual le deseamos el resultado material y el éxito dichoso que merecen sus conocimientos y su laboriosidad.

**PERIGUEUX.**

Cabeza de partido en el departamento de la Dordogne, Perigueux es una villa de cerca de 20.000 habitantes, edificada sobre la orilla derecha del Isle.

Fué en otro tiempo la capital del Perigord, provincia confiscada á los Talleyrand por Carlos VI, y reunida á la corona por Enrique IV.

En la época de los romanos, Perigueux era capital

de los Petrocorii, y César la señala con el nombre de *Vesunna*. Seria muy difícil encontrar hoy la posición exacta de *Vesunna*, pero los historiadores no tienen dificultad en conceder que Perigueux ocupa el lugar de la villa célebre conquistada por las tropas de César. Lo cierto es que en ella se han descubierto, y se descubren todos los días, numerosos vestigios que recuerdan la dominación romana.

El principal monumento de la villa, es la iglesia bizantina de Saint Front, clasificada entre los monumentos históricos, y al mismo tiempo su catedral, que domina toda la población, y que, como puede verse en el grabado, pertenece al estilo griego.

La torre de *Vesone*, que figura también en el grabado, es una ruina de veinticinco metros de altura por sesenta y seis de circunferencia. Muchos creen ver en ella los restos de un monumento funerario, otros la parte principal de un antiguo templo, construido en el reinado de Augusto.

Entre los otros edificios de la villa merecen notarse el palacio de Justicia, la sala de espectáculos, la prefectura, el obispado, algunas plazas, tres puentes de piedra sobre el Isle, otro fundido del camino de hierro y las estatuas de Miguel Montaigne, Fenelon y el mariscal Bugeaud.

Sabido es que fué en el Perigord donde nacieron estos tres personajes, de los cuales el primero, profundo moralista muy conocido por sus *Ensayos*, y por ser el primer pensador que se pone en contradicción con el espíritu dogmático del siglo XVI, nació en 1583; el segundo, autor del *Telemaco*, y prelado virtuoso y caritativo, nació en 1651 y murió á los 64 años de edad de resultas de una caída, y el tercero, general moderno de los más distinguidos, se hizo célebre persiguiendo á Ab-del-Kader durante la campaña de Argelia, siendo el ídolo de los soldados por su franqueza en el trato y sus arduos militares, y murió del cólera en París en 1849 despues de haber merecido por sus hazañas el título de duque de Islí, nombre de una de las principales batallas ganadas por él en Argelia.

Perigueux es población comercial, y al propio tiempo de recreo. Sus trufas y sus pates son conocidos en todo el mundo.



BENITA ANGUINET.

## REVISTA DE LA SEMANA.

La noticia del bombardeo de Valparaiso, recibida por el último paquete de América, es el suceso más notable que registran los anales de esta semana. Privados de reflexionar sobre las consecuencias de este hecho, en el enlace que tiene con las cuestiones políticas, sólo diremos que los hombres de todos los partidos han visto en él el resultado natural de la conducta seguida por Chile, respecto de nosotros, y la han aplaudido por consiguiente.

Sabido es que Valparaiso ó Valle del Paraiso, nombre que indica la belleza de su posición, es el gran centro del comercio chileno, y que en su puerto anclan los buques de todos los países, en particular los que vienen de las regiones septentrionales, y los que hacen el derrotero del cabo de Hornos.

Defendida en otro tiempo por una ciudadela y dos fuertes, desartillados en la actualidad, Valparaiso, que encierra una población de más de 40.000 habitantes, se divide en dos partes; el puerto y el Almendral, al Oriente del puerto.

Desde sus floridas alturas, ocupadas por elegantes casas de recreo, pertenecientes casi todas á opulentos ingleses, es de donde sus infelices moradores han podido contemplar el estrago hecho por nuestros buques en sus mejores edificios, arruinados los unos por las bombas, y presa los otros del incendio causado por ellas.

Esperamos que la actitud enérgica de la escuadra española, modifique las intenciones de ese país respecto á nosotros, haciéndole comprender que cuando la razón y la fuerza ayudan á una nación en sus empresas, ninguna más fácil que la de hacerse respetar y obtener satisfacción de los agravios.

Descendiendo de los espectáculos nacionales á los puramente cortesanos, haremos mención de los conciertos matinales celebrados en el Teatro Real, y de la comedia del Sr. Coupigni estrenada en el Circo. Escasos de concurrencia los primeros, han sido, sin embargo, brillantes, por el número y calidad de las piezas, y su excelente ejecución, sobre todo, de parte de los instrumentistas Nicari, Monasterio y Mellier. También merecen elogiarse los coros, en particular el de los Bebedores de *Freischutz*, y el de la bendición de los puñales de *Los Hugonotes*.

Respecto á la segunda, consignaremos que el señor Coupigni ha alcanzado un nuevo y merecido triunfo, y que su comedia *La paja en el ojo ajeno*, es una hoja más añadida á su brillante corona de poeta y escritor dramático. Quien de tal modo maneja el lenguaje y retrata los vicios y las costumbres de la sociedad, tiene en el teatro español, tan postrado actualmente, una alta misión que llenar, y á la que no faltará de seguro nuestro amigo, entusiasta como pocos del arte que con tanta gloria cultiva.

Llama la atención de Madrid, en estos momentos, la Exposición abierta en el Jardín Botánico, de los objetos traídos del Pacífico por la Comisión que durante algún tiempo ha estado estudiando aquellos países, bajo la dirección del Sr. Paz y Membiela. Son dignas, en efecto, de admirarse las numerosas colecciones de plantas, insectos y minerales reunidas allí á fuerza de constancia y de sacrificios, y no sin que alguno de los ilustrados jóvenes á quienes se debe este trabajo, haya pagado con la vida su entusiasmo por la ciencia.

Nosotros, que nos honrábamos con la cariñosa amistad de alguna de esas víctimas, y que hemos seguido con interés tan arriesgada y útil expedición, sosteniendo una larga correspondencia llena de curiosos detalles sobre aquellos países, no podemos menos de tributar un recuerdo al infortunado Amor, y al más infortunado todavía Castro y Ordoñez, lamentando que no participen hoy del triunfo de sus compañeros, y de los elogios que el público prodiga á su laboriosidad.

Varias son las publicaciones recientes que tenemos á la vista, y alguna de ellas tan notable, que bien merecía por sí sola capítulo especial. Empezaremos por *Los Trabajadores del Mar*, de Víctor Hugo, cuyo primer tomo han dado á luz los editores Gaspar y Roig, únicos propietarios en España de esta obra. El nuevo libro de Víctor Hugo, pertenece al género de *Los Miserables*, y es, más que una novela, una serie de cuadros, no tan bellos por el enlace y el interés, como por la verdad de los tipos y el brillante estilo de la narración. Merece también elogiarse la ilustración de

este libro, hecha por los Sres. Becquer y Federico Ruiz, con una propiedad y buen gusto tales, que nada tienen que envidiar á lo que se hace en el extranjero.

Al mismo tiempo que este libro, ha aparecido en un pequeño tomo la primera parte de *Tamaris*, preciosa novela de Jorge Sand, impresa por el *Centro general de Administración*, con la elegancia que acostumbra, y por último, ha comenzado la publicación de una biblioteca económica, con el título de *La Propaganda*, que por medio real volumen, reparte á los suscritores biografías de hombres célebres de todos los países, y novelitas cortas y escogidas. Ya se han publicado la de Prim, Garibaldi, Salamanca y algún otro, concienzudamente escritas por el Sr. Luna, de quien es también la primera novela, titulada: *El Diablo en Sevilla*. Creemos que *La Propaganda* hará fortuna si continúa como hasta aquí.

Esto, y las quiebras ocurridas últimamente en Londres, es lo que ha dado que hablar en la semana; en cuanto á las quiebras, poco tengo que decir á Vds.; este asunto no me ocupa ni un sólo instante; para que una quiebra pudiera causarme sensación, sería preciso que yo mismo me quebrara por el espinazo, y esto no lleva trazas de suceder.

M. DEL PALACIO.

## POLÍTICA.

¡Alto! ¿Quién vive?

Nadie me contesta; todos callan; sin duda no me han oído.

Esforzaremos más la voz.

¿Quién vive?

¡Qué ve! Bajan la cabeza y se llevan las manos á los oídos.

¿Y por qué?... ¡Ah! Ya comprendo. ¡Já! ¡já! ¡já! No os asusteis, hombres. ¡Já! ¡já! ¡já!

Tranquilizaos, lectores, tranquilizaos, que no es nada.

No estamos en ninguna noche de santo, ni tampoco en ningún día de... demonio. Porque os he dicho *quién vive*, me habeis confundido acaso con un hombre de bigotes, ó tomado mi voz por otra de otro más bravo.

Pero reponeos: no temais.

He dicho *quién vive*, porque temo que la palabra *política* haya sido un trozo de queso lanzado á la despena social, y que los ratones acudan á hincarle el diente.

Por lo mismo quiero que nos entendamos.

La política que os presento, no es el abismo en que se pierde una parte muy considerable de los mortales.

No es la roca en que se estrellan los sueños de algunas imaginaciones atolondradas.

No es tampoco el volcan, cuya lava destruye continuamente las raíces más recónditas del árbol de la vida.

Nada de esto.

La política que os ofrezco es la que á mi modo de entender podíamos llamar *casera*. Es el uso que con frecuencia hacemos de algunas frases, sin reparar la ridiculez en que incurrimos las más de las veces, sin más causa que porque sí, ni otro motivo que el de seguir costumbres heredadas.Escribimos, por ejemplo, una carta á cualquier amigo, ó enemigo, y siempre han de ir á la conclusión las palabras *seguro servidor*, y las iniciales *Q. B. S. M.* Yo creo que seguro servidor es el que se halla dispuesto á ejecutar nuestras órdenes cuando queramos. Pero no hay tu tía. Las palabras *seguro servidor* son dos palabras vagas: son dos ceros representando la carencia de unidades. Y si no, probad á pedir un duro ó cualquier otro favor á uno de esos servidores epistolares, y aun cuando puedan complaceros, es muy seguro que os contestarán negativamente, y lo que es peor, pasareis casi siempre plaza de descarados. Y aun cuando lo sepais, tendreis que callar porque en esta ocasión no sirve lo de *cartas cantan*.Pero por ridiculas que parezcan las palabras *seguro servidor*, aun podríamos darlas el pase, comparadas con las iniciales *Q. B. S. M.*

Si hablar es decir lo que sentimos, y escribir es hablar por medio de signos, yo creo que besar á uno las manos por escrito, es suponer que al poner término á toda conversación con cualquiera persona, será

forzoso besarle las manos. Esto, refiriéndose á un señor sacerdote, se comprende. Pero miren Vds. que sería chusco el que después de pedir un acreedor á su deudor algún piquillo le exigiera las manos para besárselas. Si acaso, si acaso, para ocasiones semejantes, se inventó el besar las manos por escrito; porque habria muchos que al estampar un ósculo, animados por cierta predisposición, atraerian con sus dientes algún trocito de mano, y para evitar estos chascos sería preciso llevar guantes, sustituyendo la plancha de hierro al castor y á la cabretilla.

Confieso que me hacen tilin las tales iniciales, *Q. B. S. M.*, ó *Q. B. S. P.* si nos dirigimos al sexo femenino.

Existen, sin embargo, algunos casos en que el besar las manos ó los piés suele indicar otra cosa. Por ejemplo: un acreedor exige á su deudor algunos cuartos, ó un joven solicita de un padre rico la mano de su hija, aunque esta sea un espanta-pájaros; en ambos casos y otros parecidos, las iniciales *Q. B. S. M.* quieren decir *Que Busca Su Moneda*. Otras veces citamos á una persona, le pedimos algún encargo ó le exigimos cierto trabajo *gratis*, y entonces las iniciales quieren decir *Que Busca Su Molestia*.

Pero ahora viene lo mejor.

Figuraos que nos dirigimos á una dama proponiéndole nuestro amor, porque nos agradan sus cualidades físicas ó metálicas. Entonces las iniciales *Q. B. S. P.*, quieren decir: *Que Brujulea Su Plata*, *Que Busca Su Palmito*, ú otras acepciones por el estilo. Y si la dama nos corresponde con otra cartita, poniendo las iniciales *Q. B. T. M.* claro está que quiere decir: *Que Bastante Tiempo Moneó*, *Que Bien Te Mareará*, ú otros términos análogos.

Y qué divertido no sería decir á un marido: Señor D. Pedro, póngame Vd. á los piés de su señora; y cataplum, hete al marido convertido en mozo de cordel para que otro nene se hiciera cargo de cosas que no debia. Lo más interesante sería sin duda la cara que pondría el mozo, esto es, el marido, aunque en tal caso lo mismo tiene. Y más si la esposa era regu-larcilla.

¿Y qué gracioso no estaría el besar los piés á las señoras tantas veces, como de palabra lo hacemos en la calle! En tal caso deberían gastar todas calzon de punto á lo veterano, y sería preciso que las alfombras sustituyeran al asfalto, para no ensuciarnos los pantalones.

¿Y qué me cuentan Vds. de llamar *papá* y *mamá* al padre y á la madre? Que lo digan los chiquitines cuando apenas pueden articular los vocablos, pase; pero que un bigotazos con más lengua de la que le corresponde diga *papá*, debíamos considerarlo como una solemnísima papa. Y no hay que decir que este género va de baja como algunos fondos que Vds. saben. Conozco á un labriego que no hace mucho preguntó á su *señorito* como estaban *papá* y la *madre*. Sin duda sólo sabia á medias la política casera: pero un paso más y adelante. Día llegará en que al recitar los preceptos del Decálogo, tendremos que decir: *el cuarto honrar á papá y á mamá*.

Y lo de: D. Félix, ¿como está Vd.?—Muy bien *para servir á Vd.*, ó á la *disposición de Vd.* Esto, vamos, no es grave. Pero continúen Vds. preguntando por la familia, y toda quedará también á la *disposición de ustedes*. Si esto fuera como suena, no digo nada de lo que pudiera ocurrirnos habiendo personas simpáticas en la familia; pero zape, no nos metamos en honduras.

Tampoco son menos chuscos algunas veces los finales de nuestros saludos, cuando decimos: *un millón de besos á los niños*. Todos acostumbran á contestar que lo tendrán presente; pero me dejaba yo arrancar una muela que tengo careada, si hay uno sólo que haya cumplido fielmente comisiones de esta especie. El tener los labios adiamantados sería muy poco todavía para resistir á la realización de tantos millones de besos. Y sabiendo todos que no se cumplen, no debíamos hacer estos encargos. Pero la política lo exige, y paso á la política.

¿Y qué diremos de los *recados*, *memorias* y *espresiones* que cambiamos con tanta frecuencia? Si cuando decimos: un *recado* á D. Vicente, por ejemplo, le enviásemos aunque sólo fuera un pastelillo de á dos cuartos, no daríamos tantos recados.

No quisiera más que un realito por cada *espresion* de palabra que tengo recibida. Ya podía llamarme independiente y decir, ¡viva la libertad! aunque fuera en medio de la Puerta del Sol; sin embargo, de que sé

lo que son esposas, porque tengo una en casa. No emborrionaría muchas cuartillas de papel, ni me ma rearian tanto las muchas personas que ahora me ma rean; y hasta podría establecer un Banco en donde á los imponentes se les diese, además de su capital y réditos, casa, comida y ropa limpia, que es lo único que nos falta ver en esta villa del oso y del madroño. Pero otro paso más y adelante.

Como íbamos diciendo, los recados, espresiones y memorias, son cosa muy abundante, porque nada cuestan; y tanto estas palabras, como las demás arriba indicadas, y otras que tal vez en otra ocasion sa quemos á plaza, debían desaparecer del uso por la razon muy sencilla de que, decir lo que no se hace, supone una soberbia ridiculez.

Sin más por hoy, *cuidéense Vds. mucho, pónganme á los piés de sus señoras, un recado á papá y mamá, y dispongan Vds. de su seguro servidor Q. B. S. M. (1).*

URBANO GASCON Y GUIMBAO.

## ESCENAS DE LA VIDA MILITAR EN MÉJICO.

### LAS SIETE NORIAS DE BAJAN.

DOBLE-VISTA.

(Continuación.)

—¿Y no habeis soñado ninguna cosa más esta noche? le pregunté al anciano.

—¡Oh! me contestó; el resto de mi sueño no debe preocuparnos; únicamente tiene relacion con nosotros, y nuestra vida nada vale en comparacion de las precias existencias que se hallan amenazadas.

—Es cierto; pero, sin embargo, tendría gusto en saber lo que á nosotros concierne.

—Pues bien, continuó *Doble-vista*, como haciéndose violencia; puesto que así lo quereis seré aún más esplicito. He soñado que antes de llegar á la sétima noria, mi sed se habia apaciguado como por encanto, y en seguida me he visto á mí mismo galopando por la llanura.

—¿Que os habeis visto galopando por la llanura? ¿Cómo puede ser eso?

—Muy fácilmente, replicó el viejo con un tono que me hizo estremecer; mi cabeza habia quedado separada del cuerpo, y con mis propios ojos seguía la carrera del cuerpo, afianzado en la silla, y del caballo que huía con su ginete.

—Y yo, ¿qué papel representaba en aquella escena? preguntó Albino con vivacidad.

—Os vi tendido en la llanura donde mi cuerpo galopaba sin cabeza; pero no puedo precisar si estábais muerto ó dormido.

Por mi parte, lo confieso, tuve necesidad de hacer un esfuerzo para preguntar á mi vez la suerte que en aquel fatídico sueño me estaba reservada.

—En cuanto á vos, amigo mio, no puedo decir una palabra, porque no os hallábais á nuestro lado, ni os he visto durante mi sueño.

—Demonio, dijo Albino; verdaderamente que nada de eso es de buen agüero; y ¿cómo esplicais estas últimas particularidades?

—No puedo esplicármelas, respondió gravemente el mestizo.

Un silencio de más de media hora sucedió á esta conversacion: las palabras de aquel hombre singular nos habian sumido en sombrías reflexiones, y ninguno de los tres nos atrevíamos á interrumpir el silencio; por otra parte, el país que atravesábamos no era lo más ameno, ni á propósito para distraernos de nuestros melancólicos pensamientos.

Nada es más triste que aquellas llanuras inmensas, sin casas, sin árboles, sin vegetacion alguna que se encuentran entre Saltillo y Monclova. El viento que rasaba aquel suelo pedregoso, únicamente transmitía á nuestros oídos los ahullidos de los lobos y de los chales hambrientos; en fin, al cabo de tres horas de marcha, las brisas de la mañana vinieron á refrescar nuestra frente; los primeros rayos del sol despertaron algun tanto nuestra alegría, y llegamos á olvidar por un momento las misteriosas y siniestras predicciones de *Doble-vista*. Hasta casi sin pensarlo llegamos á descubrir los primeros árboles, que indicaban

la aproximacion de una de las siete norias que debíamos hallar en nuestro camino.

Sin embargo, á medida que avanzábamos hácia la cisterna, el sueño del viejo volvía á nuestra memoria, y una especie de impaciencia, que no era ciertamente causada por la sed, se apoderaba de nosotros. Apresuramos el paso: detrás de los árboles veíamos elevarse las grandes básculas que indicaban el sitio donde se hallaba la primera noria. En cuanto á *Doble-vista*, no significaba ni impaciencia, ni inquietud, como el hombre que está convencido que harto pronto sabrá una mala noticia; sin embargo, nos abandonó para adelantarse. Nuestros caballos, impulsados por la sed, no necesitaban que les ayudásemos con la espuela para avivar su paso, á pesar del natural cansancio; así que llegamos en breves minutos unos, despues de otros, á la orilla de la cisterna, y el aspecto de la noria nos arrancó un grito simultáneo de terror.

Los cangilones de cuero que formaban la rueda hidráulica, y que están destinados á hacer subir el agua al nivel de la artesa ó recipiente de madera, se hallaban desecados; en el fondo de la noria se veía un barro espeso mezclado de arena, con el cual se habia reemplazado el agua. El sueño del anciano empezaba á realizarse.

—Ruperto, me dijo entonces el contrabandista; los hombres de corazon no retroceden jamás ante los más siniestros presagios; pero por lo que pueda ocurrir os recomiendo á mi pobre hijo, si como presumo tiene la desgracia de perder á su padre.

—En tanto que yo viva, haré para con él vuestras veces; será mi hijo más querido, le contesté conmovido y estrechando su mano.

Desde aquel momento, ya no dudé que el sueño del anciano pudiera llegar á realizarse. *Doble-vista* echó pié á tierra, y sin dignarse dirigir una mirada al interior de la noria, empezó á inspeccionar el terreno. Huellas de caballos y de hombres se veían cruzadas alternativamente alrededor de la cisterna; no hizo caso de las segundas, pero observó con cuidadosa atencion las primeras. Aquellas huellas eran tanto más fáciles de conocer, por cuanto que se hallaban estampadas en el agua [sacada de la noria, con la cual se habia formado un barro negruzco que despues se habia endurecido con los rayos del sol. Muy cerca de la noria se veía un montecillo arenoso formado allí á fuerza de piocha y azadon, el cual demostraba claramente que habia servido para estancar el agua del fondo. Cuando el anciano hubo considerado é inspeccionado las huellas de los caballos, sacó de su bolsillo las ramitas de abeto que le sirvieron para medir cerca de nuestra hoguera las del alazan que montaba el oficial que fué detenido por nuestros centinelas. Las dimensiones de las ramas y las de las herraduras confrotaban exactamente.

—¡Elizondo! ¡Elizondo! dijo lentamente *Doble-vista*, haciéndonos contemplar las pruebas irrecusables de la presencia del traidor en aquel sitio.

Nosotros no pudimos menos de inclinar la cabeza tristemente, ante una evidencia tan palpable.

—El infame, continuó, á estado aquí á caballo dirigiendo los trabajos: todas estas huellas son suyas. Aquí teneis ya una noria desecada hasta la estacion de las lluvias.

—¡Infelices pueblos! Desdichados los que atraviesen el desierto y mueran de cansancio y de sed; las voces de todos ellos se elevarán contra el malvado, dijo Albino.

—La voz de la sangre derramada gritará más alto todavía, añadió solemnemente *Doble-vista*.

Volvimos á emprender nuestro camino, pero se hizo necesario cuando llegamos á Auelo, que es la segunda etapa de Saltillo á Monclova, dejar que nuestros caballos reposaran fatigados como lo estaba de una marcha tan rápida como penosa. Nos vimos, pues, obligados á perder tiempo, precisamente en interés mismo de aquellos á quienes queríamos salvar.

Hallamos á los habitantes de Auelo sumidos en la mayor consternacion. Desecada la noria hasta la estacion de las aguas, hacia imposible la estancia de los vecinos en el pueblo, porque como no contaban con otro manantial ni fuente de donde surtirse para sí ni para las caballerías, no tenían más remedio que emigrar y abandonar sus casas y hacienda. Por nuestra parte, nos costó gran trabajo y fuerza de oro poder hallar agua para nuestros caballos y llenar dos pellejos, que para nosotros llevábamos á prevencion.

(Se continuará.)

## DOS GÉNIOS.

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo.

RIOJA.—Olas.

En el siglo de oro para España, cuando fundidas en una las coronas de Aragon y Castilla, el mundo todo se humillaba á las plantas de los reyes Católicos; de seno de una familia noble, aunque modesta, apareció una niña que andando los tiempos habia de asombrar con sus virtudes y talento, abriéndose paso hasta las gradas del mismo sόlio.

Doña Beatriz Galindo, hija de ilustres padres, nació en Salamanca, y desde sus primeros años, atendida la poca abundancia de recursos y el excesivo número de hermanos, fué por sus padres destinada á vestir el hábito de religiosa. En este concepto, diérola la necesaria y debida instruccion, y á pesar de su corta edad, manifestó pronto singulares disposiciones, no sólo para la lectura y escritura, sino para los rezos divinos. Poco tardó el génio á desplegarse en aquella mente infantil, y con admiracion general, la delicada jóven mostróse en breve consumada maestra en letras humanas, hasta el punto que, más que fruto del estudio, prodigio del cielo su ingenio parecia. La fama publicó pronto aquel triunfo del espíritu, aquella maravillosa concepcion de la naturaleza y la divinidad, y presto tambien llegó la nueva á oídos de la reina doña Isabel I, que ansiosa por admirar [de cerca lo que en boca de todos tan alabado andaba, ordenó á la jóven doña Beatriz llegar á su presencia.

Sorprendida quedó la Católica Isabel al adivinar con su poco comun penetracion, todo el génio que bullia bajo las tocas de la privilegiada doncella salmantina; agradóle tanto aquella dulzura natural, aquella vivacidad sencilla, aquel fuego del pensamiento, que en el instante, y á pesar de sus pocos años, quiso que Beatriz quedase á su inmediato servicio, y no parando en esto el entusiasmo de la conquistadora de Granada, hizose discípula de su jóven camarera, y recibió de ella con humildad y aplicacion las severas lecciones del mágico idioma latino.

Habíanse encontrado dos génios; juicios admirables de Dios, que así como hace brotar á veces en dos tallos ligados dos flores diversas que se enlazan, mezclando sus aromas como en propia raiz confundidas, igualmente en algunas ocasiones reúne en el sendero de la vida dos luces espirituales, para que confundiendo sus resplandores hagan comprender á los hombres que los génios se adivinan y penden de una cadena invisible como las estrellas. Isabel I habia adivinado á Beatriz Galindo, como á Colon: como Leon X, comprendió á Miguel Angel, y Carlos V al Ticiano.

Consejera de la reina, alcanzó doña Beatriz un dominio tal sobre el ánimo de doña Isabel, que podia asegurarse no ejecutaba esta augusta señora nada, sin que antes no mediase sancion de su maestra latina. Con vivos deseos de asegurar su pervenir, determinó la reina dar estado á doña Beatriz, y al efecto, consultándolo con el rey Fernando, la casó luego con don Francisco Ramirez, de nobilísima estirpe madrileña, capitán general de la artillería, secretario de los Reyes Católicos, y soldado valeroso, cuyas hazañas se hallaban en abundancia escritas con sangre mora en los valles y montañas de Andalucía.

Unidos ambos esposos, é impulsados ambos por el espíritu de la caridad, fundaron, entre otras obras pias, el célebre hospital que, pegado entonces en los muros de la villa, y frente á la hermita de San Millan, se llamó y hoy se conoce con el nombre de *Hospital de la Latina*, ó sea de doña Beatriz, á quien el vulgo con dicho sobrenombre conocia.

Esquivando con ejemplar virtud los dones con que la reina queria galardonar á sus hijos, vió Beatriz llegada la hora del infortunio, y lloró desolada la traidora aunque gloriosa muerte dada por los moros á su ilustre esposo; con resignacion sufrió tan rudo golpe, y sin apartarse de sus augustos protectores, determinó continuar en perpétua viudez, como cumple á toda alma cándida y pura; sin embargo, no tardó en recibir un nuevo revés de la suerte y una nueva herida en su dolorido corazon; la Reina Católica, arrebatada por la inexorable parca, bajó tambien al sepulcro, cuya losa, al caer, parecia ahogar á la monarquía entera.

El sol, que por espacio de tanto tiempo brillaba fúlgido y deslumbrante, se hundia en el ocaso. Castilla

J. BELZA.

(1) Siquiera por favor no vayan Vds. á leer: *Que Buena Silba Merece*.

## LONGCHAMPS.

Existía en el siglo XVIII á la estremidad de Cours la Reine, en direccion al bosque de Boulogne, una célebre abadía de Longchamps (1); en ella se encerraban detrás de altas murallas, entre claustros oscuros y silenciosos jardines, multitud de nobles doncellas que iban á buscar la calma y el recogimiento al pié de los altares. La regla no era entonces tan severa como en tiempo de su ilustre fundadora la princesa Isabel, hermana de San Luis; poco á poco, estas austeras y santas reclusiones, fueron trasformándose, y en 1758 la abadía de Longchamps, más que un monasterio, parecía un asilo de placer.

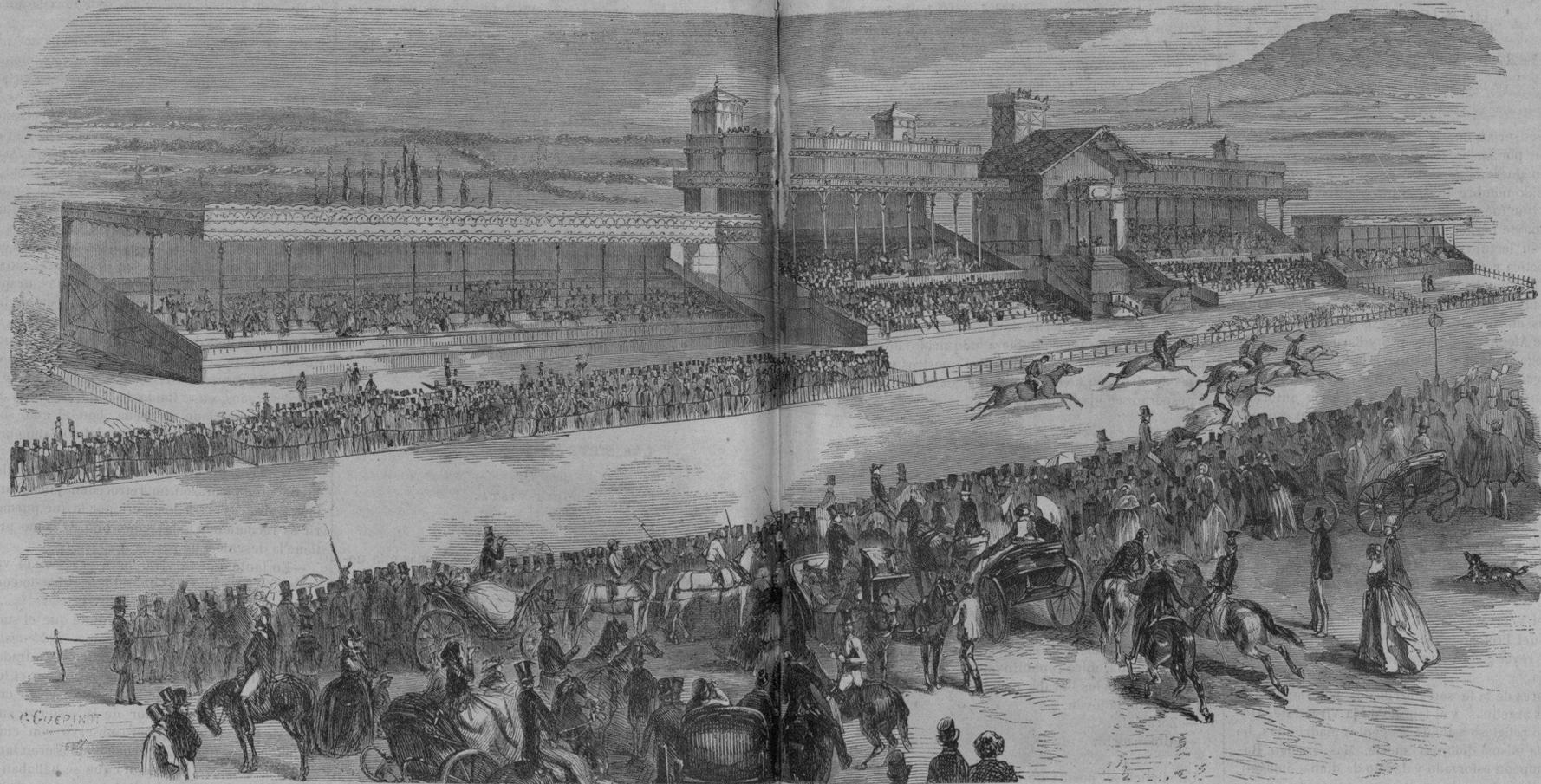
Las actrices de la Academia de música iban á cantar á su iglesia en las solemnidades del Miércoles, Jueves, y Viernes Santo, y la multitud acudía á oír la música sagrada de los mismos labios que tan bien interpretaban las óperas. Poco á poco, este paseo que coincidía con los primeros días de primavera, se hizo de moda, llegando á ser el palenque del lujo y la elegancia, tanto para los que deseaban ser admirados, como para los admiradores, ni más ni ménos que como en nuestros días.

Inútil es decir, que la música no era más que un pretexto, puesto que el paseo de Longchamps continúa á pesar de que ni existe la abadía, ni se escuchan por consiguiente, detrás de sus caladas rejas, los cantos de las sirenas teatrales. La revolución dió á aquella reunion anual un golpe de muerte, y alejó de aquel sitio por algunos años la sociedad elegante. Pasó, sin embargo, el huracán y la Restauración restauró también la costumbre antigua, haciendo otra vez de moda el paseo, que sigue siéndolo aún, si bien no tan brillante como lo era en el siglo pasado, y tal como se representa en la lámina.

Hoy día, casi sobre el mismo terreno que ocupaban los jardines de la antigua abadía, se levanta un hipódromo, el hipódromo parisien por excelencia, el mismo en que todos los años se verifican las grandes carreras de caballos, de cuya animacion y brillantez puede dar aproximada idea nuestro grabado.

Esta es una nueva prueba de que nada hay que resista á los estragos del tiempo, y á la voluntad siempre caprichosa del hombre.

(1) En uno de nuestros próximos números, publicaremos una vista de esta abadía.



UNA CARRERA DE CABALLOS EN LONGCHAMPS.



PASEO DE LONGCHAMPS EN 1758.

## CANTARES.

Los cantares que yo canto  
son pedazos del dolor,  
que no cabiendo en mi pecho  
se salen entre mi voz.

Dice la Salve que el mundo  
es de lágrimas un valle.  
Me quisistes... y despues,  
¡qué verdad dice la Salve!

Viendo el orgullo del hombre  
te formó tan bella Dios,  
que te echó al mundo diciendo:  
«Ahí está lo que hago yo.»

Arderá tarde ó temprano  
la rama florida y verde.  
¡Amar mi alma! Imposible;  
las cenizas no se encienden.

De niño ví, que era el hombre  
imagen de su Hacedor;  
hasta verte á tí no supe  
todo lo hermoso que es Dios.

Cuando la tormenta pasa  
vuelve al horizonte el sol;  
mas ¿quién devuelve sus flores  
al campo que las perdió?

El amor y los placeres  
se parecen á las sombras;  
son un mundo si se miran,  
y nada son si se tocan.

JOSÉ M. VALLEJO.

era un cadáver, y al vigoroso impulso de aquella matrona, se había alzado imponente. Isabel abate la aristocracia feudal, y de sus ruinas hace brotar las franquicias municipales; reforma las costumbres del pueblo y abre las puertas de su alcázar á las ciencias y las letras; se rodea de sabios y extermina los malhechores; viste las mallas del soldado y recorre los campamentos, ó se dedica á las labores humildes de su sexo; convierte en monasterios cristianos las fortalezas al moro arrebatadas; tiende su mano protectora á la iglesia, y ataja con bravura las exigencias de Roma. Esta fué Isabel la Católica, la discípula de *la Latina*. Al escuchar el relato de su reinado, parece que asistimos á la representación de una fábula mitológica. Si bien es verdad que una negra nube, una mancha de sangre cae sobre este reinado, no por eso deja de ser ménos grande, ménos prodigioso: la Inquisición se introdujera en este Océano de luz, como el buho que se interna en el reino de las águilas.

Granada, la favorita del profeta, con sus edificios blancos ó rojizos, sus cúpulas de bronce ó plomo, sus azoteas trasformadas en jardines, sus huertas asomando por entre los torreones de un palacio ó los minaretes de una mezquita; aquel eden encantado, con su atmósfera pura y embalsamada, su cielo azul y límpido como los ojos de una niña rubia; Granada, último baluarte de los árabes en España, ha visto levantarse frente á sus murallas, y como por encanto, una nueva poblacion, mitad ciudad, mitad campamento, y que, apellidada *Santa Fé*, hace comprender á los infieles cuánta es la constancia y el valor de aquella reina cristiana, que á la cabeza de una formidable hueste de guerreros, sacerdotes y artesanos, viene á desalojarlos del postrer refugio. Granada sucumbe, y la corona de España engarza entre sus florones aquel riquísimo joyel que se desprende del turbante de Boabdil el Chico. Más lejos, y como si Dios quisiera premiar el fervor de aquella reina, que consagra mezquitas, enjuga lágrimas y siembra por do quier virtudes y beneficios, del fondo de los mares, y velado por las espumas, brota un Nuevo-Mundo, y las carabelas de Colon enlazan con una cadena de flores á la vieja Europa con las primorosas costas de la vírgen América. Isabel, grande en todo, divide sus huestes en dos partes; y mientras que con la una envía la civilizaci6n al Nuevo-Mundo, con la otra aumenta sus triunfos políticos, venciendo en Sicilia y en Italia, ó sembrando de laureles el camino de las tropas españolas por los arenales de Africa.

Esta fué Isabel la Católica, la soberana, cuyo fallecimiento dejó sumida á la patria en amargo desconsuelo, esta fué la dulce amiga, el genio hermano de aquella Beatriz Galindo, cuya memoria vivirá eterna entre los sabios, cuyas virtudes serán siempre ejemplo á las almas dóciles y piadosas. Acompañó doña Beatriz el cuerpo de su reina y amiga á Granada, y no se apartó de ella hasta que sobre el real cadáver cayó la losa del sepulcro. Terminada su mision, cubierta de lutos, se retiró la Latina á Madrid, donde en perpétua reclusion veía cruzar su existencia, alternando con sus oraciones y estudio el cuidado de sus hijos, y las diarias visitas á nuestra Señora de Atocha.

Por último, perfeccionando las obras del Hospital, fundado en vida de su marido, albergóse en un aposento del mismo, y en él quiso dedicarse, en la manera que le fuere posible á la vida contemplativa y religiosa, para la cual en un principio había sido educada. Inspirada siempre de cristiano celo y con riquezas suficientes, fundó al fin el monasterio de la Concepcion Gerónima, próximo á su palacio (hoy del Excmo. Sr. duque de Rivas), y ella fué la primera religiosa que tomó el hábito en aquella santa casa. En esta forma, honrada del rey D. Fernando y más tarde del mismo emperador Carlos V, dió por fin su alma al Creador en 23 de noviembre de 1535.

Beatriz Galindo vivirá eternamente en la historia, por su talento especial y evangélicas virtudes, y también porque su nombre va unido al de la augusta madre de los españoles, la gran Isabel I. Ambas aspiraban juntas á la inmortalidad, no por el camino ensangrentado de efímeras victorias, sino por senda de paz y de ventura; ambas se inspiraban en idénticas ideas, en esos pensamientos bienhechores que hace brotar en la mente del cristiano la Madre de Dios; ambas apagaban su sed de ternura y amor en esa fuente del bien, en cuyo pedestal han escrito los ángeles de blancas alas la palabra del cielo, la frase bendita ¡Caridad!

J. TOMEYO Y BENEDICTO.

## BIBLIOGRAFÍA.

### ROMANERO DE NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA,

por D. Manuel Ossorio y Bernard (1).

Estériles serian nuestros esfuerzos si intentáramos demostrar por medio de un juicio crítico más ó ménos razonado, la bondad de este pequeño Romancero. El conocido nombre de su autor y la distinción merecida con que fué acogido por la Academia bibliográfica Mariana de Lérida, bastan de antemano para recomendar su lectura, siempre agradable por su bella forma poética y su sabor filosófico-religioso.

Entre las muchas milagrosas historias atribuidas por la tradición y por los cronicones y documentos existentes en nuestras bibliotecas á la antiquísima Virgen de Atocha, el Sr. Ossorio y Bernard ha procurado escoger todas aquellas que á la luz de la sana razon apareciendo con más vivos de verosimilitud, bien por la concreción de sus detalles ó por la autoridad que les prestaban sus cronistas, se ofrecían espontáneamente á la expansiva naturalidad del romance.

Siete son las leyendas de que se compone: todas ellas se hallan escritas con la pureza de estilo que ha desplegado su autor en trabajos de mayor importancia literaria; en ninguna decae la esperanza en la fé, entidad esencial en este género de obras; mas no vacilemos un momento en dar la preferencia á las de Gracian Ramirez y Juan de Berrojo, por la bizarría de lenguaje que se nota en los pasajes puramente descriptivos.

Corre el octavo siglo.—El torrente devastador de los hijos del Profeta, ahoga en sangre la voz del último de los reyes godos, aun soñoliento con los placeres de la orgía.

Los altares de la fé son derribados por ímpetus de las hordas argelinas, y el templo de la Virgen de Atocha, único religioso asilo de las gentes madrileñas, ha de sufrir la misma dolorosa suerte. Mas Gracian Ramirez, campeón esforzado y devoto de dicha imagen, se pone á la cabeza de un número reducido de sus servidores, y despues de haber hecho el sacrificio de sus más caras afecciones en la tierra, bate al ejército musulman. No resistimos á la tentación de copiar estos versos en que se pinta su derrota:

Horrible ha sido la lucha.  
Claro su furia pregonan  
los chorros de sangre humana  
que el casco al corcel embotan.  
Rojas se encuentran las zarzas,  
húmeda la tierra toda,  
sólo se escuchan lamentos,  
la muerte domina sóla.  
Inertes cuerpos obstruyen  
el paso á las fieras hordas,  
que hacen pagar á sus potros  
el rencor de la derrota.  
Do quier turbantes caidos,  
do quier cimitarras rotas,  
do quier brillantes arreos  
en confusion horrorosa.  
La luna ilumina el campo  
con blanquecina aureola,  
reflejándose sus luces  
en los bordados y joyas.  
Mas, acaso no queriendo  
alumbrar la sanguinosa  
escena, envuelta entre nubes  
aguarda la nueva aurora.  
Todo es ya silencio y luto;  
sólo se escucha á deshora,  
el lamento de un herido  
que acaso á su Dios invoca.  
Mas pronto su voz espira  
y en cambio se escuchan otras...  
las de las fieras que albergan  
los jarales y las rocas.

A fuer de imparciales haremos una observación sin embargo. La inspiración del poeta profano supera á

(1) Se halla de venta al precio de 4 rs. en la librería de Durán.

la del místico en la generalidad de estas leyendas, y la religion, en muchas ocasiones, viene á ser como un accesorio. Siempre dispuesto á pintar con lujosa fantasía y robusta entonación todos aquellos espectáculos que se desarrollan en el marco limitado de nuestra existencia, no se posee á veces con plenitud del arrobamiento religioso en que bebían sus puras inspiraciones los *cantores celestiales*, arrebatando á sus dulcísimas líras torrentes de melodía y cánticos llenos de interés, de novedad y de gracia, emanaciones del éxtasis que los elevaba á los mundos de la contemplación. No obstante, los romances de introducción y de despedida, son muy bellos y característicos, y demuestran que su autor posee condiciones para brillar en este difícil género, con tanta fortuna cultivado por Fray Luis de Leon, y D. Alberto Lista en nuestros días.

El Sr. Ossorio y Bernard, con cuya amistad ha tiempo nos honramos, hubiera adquirido de todas maneras un distinguido lugar entre nuestros vates, si antes de ahora no fuera considerado como una legítima esperanza de la literatura patria.

F. MUÑOZ A RUIZ.

## LOS CLAVELES ROJOS,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuación.)

Zoraida, noticiosa de la llegada de las tropas, adornó la puerta del jardín con flores y colgaduras, y esperaba en el jardín á Almanzor.

Almanzor apenas llegó saltó las tapias, y en cuanto vió á su amada, miró repentinamente los claveles que ella le dió, pues los llevaba en el pecho, y se arrojó en brazos de la jóven.

—¡Zoraida!...

—¡Almanzor!...

Un silencioso poema de amor siguió á estas palabras.

Así pasó gran rato de éxtasis, hasta que Almanzor rompió el silencio.

—Otra vez puedo descansar en tus brazos, estrella de mi destino.

—¿Me has olvidado algun día?

—¡Yo olvidarte!... Jamás separé la vista de estos claveles rojos que me diste al partir.

—¡Si fuera cierto!

—Cierto es, Zoraida; sólo he pensado en tí.

—Al verte junto á mí, no cabe la dicha en mi corazón.

—¿Sufrias?

—¡Ah! Mucho... Podías caer prisionero... Podías ser traspasado por los aceros enemigos.

—Zoraida, tu amor me hacia invencible.

—¡Oh dicha! ¡Invencible!

—Sí. En medio del fragor del combate invocaba tu nombre, y el valor crecía en mis venas. Los claveles tuyos eran mi mejor escudo.

—Pero ahora, gracias á Aláh, que ha conservado tu vida para bien de Zoraida.

Dijo la jóven dejando asomar á su rostro la alegría.

—Y tú ¿me amas? Dijo á Zoraida su amante.

—Debiste leerlo en mi corazón antes que escucharlo de mis labios.

—¡Qué buena eres!

—Almanzor, ya sabes que te adoro.

—Tu eres el iris de mi esperanza.

—Mira el sol cómo brilla en los espacios, continuó la mora; mira cómo el cielo resplandece; pues ya te he dicho: mientras ellos existan vivirá el amor mio.

—Creo pequeño el mundo para rendirle á tus plantas.

—Con tu corazón tengo bastante.

Almanzor se hallaba ya contento: su nombre ya se había aclamado entre todos los moros como ejemplo de valor, y podía ya pedir la mano de Zoraida.

Ambos amantes volvieron á jurarse amor eterno, y cada vez más encendida la llama de su pasión.

Ya eran felices, ya eran dichosos... porque respiraban juntos.

La sombra de la ausencia y del dolor desaparecían de sus ojos.

El sol de la esperanza volvía á brillar ante ellos cada vez más puro y resplandeciente.

## VI.

## Impaciencia.—Planes.

La casa de Ali-Hassem está situada en una de las calles más céntricas de Granada.

Ali-Hassem pasea precipitadamente por una habitación á media luz, que da á un jardín por unas pequeñas ventanas.

La negativa del padre de Zoraida habia hecho nacer en su corazón el rencor y el despecho, y meditaba planes de venganza.

Por otra parte, le asalta la idea de un rival, y en este caso, desea conocerle para descargar en él sus iras. Ali-Hassem ocupa un alto puesto en las tropas, y sin embargo, no ha salido á la azotea á ver llegar á las que, victoriosas, volvian de combatir con los cristianos.

La impaciencia crece en su pecho. El deseo de la venganza se agita cada vez más violento, en su corazón.

Al llegar á la puerta dió un pequeño golpe con la mano.

Un esclavo negro apareció al punto en el dintel, inclinando la cabeza sobre el pecho.

—Oye, le dijo Ali-Hassem; cuando estuvimos hace dias en el jardín que está junto al Darro, ¿viste si algun hombre entró ó salió en aquel recinto?

—Señor, nadie entró.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Mas la duda me devora, dijo entre dientes el noble; es preciso determinarse.

Después de algun rato de silencio, dijo al esclavo:

—Parte al momento, y observa si alguien entra.

—¿Cuándo vuelvo, señor?

—En cuanto veas que entra alguno. Hasta entonces no vengas.

Un esclavo sobre un caballo fuerte y ligero como el huracan, cruzaba poco después á todo escape las calles de la ciudad.

Fuera ya de las puertas, se apeaba luego, junto á las tapias del jardín de Zoraida.

Más de media hora ha pasado ya.

Ali-Hassem espera impaciente en un divan la vuelta del esclavo, y sus ojos no se separan un instante de la puerta.

Las horas de impaciencia son siglos.

Este es un pensamiento muy vulgar, pero muy verdadero.

—¡Oh! Si supiese que habia uno que turbase mi dicha... Si fuera un rival quien ha motivado la negativa del padre de Zoraida... ¡Cuán grande seria mi venganza! Correria al último rincón del mundo por buscarlo y retarle á un combate.

En esta y otras reflexiones, crugió la puerta y apareció el esclavo.

—¿Qué? ¿Ha entrado alguien? Exclamó Ali-Hassem, lanzando sobre el esclavo una mirada aterradora.

—Sí: ha entrado un soldado de los que acaban de llegar.

—¡Un soldado! repuso el noble como herido de una flecha.

—Sí, contestó segunda vez el negro humildemente.

—¿Sabes su nombre?

—Almanzor, le llamaba una jóven al abrazarle.

—¡Al abrazarle! Habla... ¿Qué jóven? dijo Ali-Hassem saltando hasta la puerta, y mirando sobresaltado al que le daba tal nueva.

—¿Qué jóven? decís....

—Sí, habla pronto.

—Una jóven hermosa con quien hablásteis vos mismo en el jardín.

—¿Y les oíste algunas palabras?

—Oí juramentos de amor, y, segun decian, eran símbolo de su pasión unos claveles rojos que él llevaba en el pecho.

—Y él, ¿es jóven?

—Si lo es.

—Retírate ya, exclamó el noble irritado, y el esclavo desapareció.

—¡Será verdad! continuó el moro. ¡Será verdad lo que acabo de saber! ¡Otro amante! ¡Cielos! ¡Ah! ¡Venganza! Mi corazón necesitaba uno en quien descargar sus iras... Él se llama Almanzor, es jóven, lleva en su pecho unos claveles rojos, es soldado... No me cabe duda; le hallaré.

Estos y otros pensamientos por el estilo, venian á su mente.

Luego meditaba los medios para la venganza.

—Uno de estos dias salen tropas de Granada contra los cristianos. Haré por marchar con ellas... Haré porque mi rival vaya tambien, y una vez en el campo, mil modos hallaré de vengarme.

Anhelos de sangre le devoraba. Su corazón ardia indignado. Su mente padecía como nunca.

Agobiado por los pensamientos, dejóse caer sobre el divan, inclinada sobre el pecho la cabeza.

## VII.

## EN UN BOSQUE.

La tarde muere.

Las brisas murmuran tristes.

El sol, envuelto en ardientes llamas, se sepulta en el horizonte.

Cruzan los anchos espacios pausadamente grandes nubes rojizas, cual si tiñeran el cielo de sangre, ó como si se avergonzaran al ver lo que presenciaban.

No se oye el canto del ruiseñor.

Ni se escucha el tierro-quejido de la tórtola.

Ni hay arroyos que murmuran.

Ni árboles que se muevan á compás de sus hojas.

Todo es talada campiña.

Sólo un pequeño bosque se ve á alguna distancia.

La campiña está llena... ¡de cadáveres!

El pendon de Castilla yace en el suelo, movidos apenas sus girones por la brisa de la tarde.

Los cristianos están, en gran número, muertos y tendidos en el campo.

Las huestes de Agár vuelven victoriosas á su campo, contentas con el botín que han conseguido.

Tambien vuelven con ellas Almanzor y Ali-Hassem.

Los ojos de aquel no se separan de los ya marchitos claveles que lleva en el pecho.

La mirada furibunda de su rival tambien está fija en él continuamente.

Ali-Hassem habia hecho que Almanzor fuese á aquel combate.

Aún no ha pasado una luna y ya va á tomar en él venganza.

Ali-Hassem monta un blanco caballo, y Almanzor camina á pié.

Apenas llegaron á sus tiendas, Almanzor se sentó en una piedra que habia á corta distancia y se puso á contemplar el paisaje, y á recordar á su amada.

No se pasó un cuarto de hora cuando el noble pasaba á pié junto á él.

—Os tengo que hablar, dijo, dirigiéndose al jóven.

—¡Me teneis que hablar! ¿De qué?

—¿Quizá no lo sabeis?

—Yo ignoro todo motivo.

—Pues venid conmigo hasta aquel bosque, si teneis valor para seguirme.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

(Se continuará.)

## LA LEY DEL EMBUDO.

Vástagos todos de Adan los que en el mundo nacimos, condenados por Dios fuimos á ganar sudando el pan; más, como las leyes van siempre á su mejoramiento, hay quien come su sustento de los demás olvidado, y por los demás ganado con sudor, sangre y tormento.

Y esta verdad tan sabida, cuyo análisis eludo, me hace ver que algun embudo es de esa ley la medida. Si la mujer corrompida vendió su honor por provecho, y es rica, ya satisfecho el mundo, al verla tan alta,

la ley aplica á su falta; pero siempre por lo estrecho.

Hay quien trabaja y no cobra, y quien cobra y no trabaja; quien estudia en la baraja y prez y plata le sobra. Quien si un instante zozobra queda siempre mancillado, y quien vive respetado teniendo por alimento siempre en cada pensamiento y en cada acción un pecado.

Hay quien de contrariedades metálicas no se apura, y si su pobreza dura funda un par de Sociedades. Esas colectividades le dan carretela, abono... y si hundiéndose su trono emigra bonitamente, —Qué dolor! dice la gente, Un hombre de tan buen tono!

No es raro ver al hambriento que, acaso desesperado, para comer un bocado falta al quinto mandamiento. Pero, notad que al momento le prende un guardia sesudo: eso es de ley, no lo dudo, pero, ¡qué quereis, lectores?... me parecen sus rigores los de la ley del embudo.

Si el marquesito Guijarro, por hacerse el calavera, suelta la lengua ligera y dice cualquier desbarro, si oscurece con el barro de la calumnia el honor, se alaba su buen humor, se elogia su travesura y del embudo se apura lo más ancho en su favor.

Pero, proseguir no quiero, pues aunque hablo en general, temo al crítico formal, á quien acato y venero. Y aunque en su justicia espero y de sus dotes no dudo, á que me disculpe acudo aun antes de haber pecado, no me aplique equivocado el código del embudo.

En suma, don Egoismo vino á legislar aquí, é hizo las leyes así convenientes para él mismo. Se observa con fanatismo su sistema sin segundo y aplica el juez más profundo, por la ley que os he citado, lo ancho cuando él ha pecado y lo estrecho para el mundo.

M. OSSORIO BERNARD.

## Correspondencia de EL PERIÓDICO ILUSTRADO.

J. B. S., de Alcaños; Recibida la libranza; queda Vd. suscrito.— M. A., de Javea; Recibidos los sellos y suscrito por un año.—F. M., de Málaga; Recibido el importe de su liquidación, y servido su pedido.— V. H., de Zaragoza; recibida la libranza y conforme con su liquidación.—F. S., de Sampedor; Recibida la libranza y suscrito, con la dirección que Vd. nos indica.—J. M., de Alicante; Recibida la letra y servido segun su deseo.—A. M. V., de Lequeitio; Recibida la libranza y suscrito.—L. M., de Medina del Campo; Por el correo de ayer hemos mandado las colecciones; puede Vd. hacer los pedidos que necesite.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIERE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS, Cabeza, 12, principal



LOS SARGENTOS DE HIGHLANDERS, VENCEDORES EN EL ÚLTIMO TIRO NACIONAL DE EDIMBURGO.

**LUZ Y SOMBRA.**

¿Niña, recuerdas nuestro amor primero?  
 Con plácida alegría  
 dejábamos correr en paz, ligero  
 un día y otro día.  
 La vida así tranquila resbalaba,  
 sin afanoso anhelo;  
 nuestra hermosa inocencia reflejaba.  
 la pura luz del cielo.  
 .....  
 Mas ¡ay! después, en noche tenebrosa,  
 oculto, intenso fuego,  
 sentimos germinar: fiebre ardorosa  
 robó nuestro sosiego.  
 ¡Oh! Desde entonces, todo nos aterra  
 y tímidos asombra!  
 ¿Qué vemos en redor? ¡llanto en la tierra  
 y en nuestras almas sombra!

P. F. ULLOA.

**LOS HIGHLANDERS.**

Siempre que se habla de las montañas de Escocia, no se puede menos de recordar aquel célebre refrán de *La dama blanca*: «*En casa de los montañeses de Escocia, la hospitalidad se da, pero no se vende.*» Pero no es solamente por esta hospitalidad tradicional por lo que se distinguen los habitantes de la montaña, ó sean los Highlanders. Es también por su valor, su energía y su fuerza, que se revelan hasta en sus menores movimientos. Mirad sino estos cuatro soldados, y decid si su aspecto no es completamente marcial. Son los vencedores del último tiro nacional de Edimburgo. La alegría del triunfo no les hace insolentes ni fanfarrones; descansan como si se prepararan á una nueva lucha. Y ¡qué bellos y pintorescos son sus trajes!

Al ver sus miembros vigorosos, su serena fisonomía, la exuberancia de vida que revelan, casi envidia uno la suerte de los hijos de la montaña. Pero, ¡ah! la vivificante naturaleza tiene esfluvios muy fuertes, y una atmósfera demasiado penetrante en tan altas regiones para los hombres condenados al trabajo absorbente de la inteligencia.

Para los Highlanders escoceses, la vida libre y el aire borrascoso; para nosotros, las brisas serenas y los dulces lazos de la sociedad y la civilización. No nos dolamos de nuestra suerte, y contentémonos con admirar lo que los demás pueblos puedan ofrecernos de admirable.

**Solucion del SALTO DEL CABALLO del número anterior.**

Salve, Cruz santa y divina,  
 en que el Hombre Dios murió:  
 el cielo y la tierra adoren  
 al signo de redención!  
 (De Martínez de la Rosa.)

**GEROGLÍFICO.**